

dirigía en persona. Tenían que atravesar el poblacho de Genappe por el cual se pasaba el Thy, que algunas leguas más abajo se confunde con el Dyle. Los ingleses habían colocado su caballería en la retaguardia para retardar la marcha de los franceses con cargas ejecutadas oportuna y vigorosamente, siempre que las condiciones del terreno lo permitían. Desde cerca de Genappe hasta pasado el Thy formaba el suelo una ladera, de modo que los franceses tenían enfrente la retaguardia inglesa, vivamente acosada por su vanguardia. Ordenando Napoleón por sí mismo todos los movimientos bajo una lluvia torrencial, hizo que veinticuatro cañones disparasen continuamente sobre las columnas en retirada, y como los ingleses, agujoneados por el deseo de alejarse, no se cuidaban de responder á estos disparos, recibían sin devolverlas una lluvia de balas que formaban huecos profundos en sus filas. A la salida de Genappe, los húsares ingleses cargaron sobre la caballería francesa, pero los dragones no tardaron en rechazarlos. Lord Uxbridge al frente de los guardias de á caballo cargó á su vez sobre los lanceros franceses y vengó á los húsares; pero cayendo los coraceros sobre los guardias de á caballo, los obligaron á replegarse. En pocos minutos se cubrió el camino de muertos y heridos la mayor parte enemigos. Sobre todo los cañones de Napoleón llenaron la tierra de despojos humanos cuya vista era extremadamente repugnante. En estos diversos encuentros se cubrió de gloria el coronel Sourd, modelo de valientes. Con un brazo lleno de sablazos y medio separado del cuerpo se obstinó en continuar á caballo, y no se apeó más que para sufrir la amputación, que no disminuyó ni su ardor ni su denuedo, pues que apenas terminó la operación volvió á montar y mandó su regimiento hasta llegar á las murallas de París.

Napoleón en medio de estas cargas de caballería no cesó un instante de dirigir en persona las operaciones de la vanguardia, siendo su marcha lenta á pesar de todo, porque los ingleses y los franceses sufrían las consecuencias de la violenta tempestad. La lluvia duró bastante y las tropas se hallaban en un estado deplorable. No pudiendo dar acceso á todos la calzada empedrada, fué preciso que la infantería cediese el paso á la artillería y á la caballería, avanzando á derecha é izquierda del camino y hundiéndose hasta media pierna en las húmedas tierras de la Bélgica. Poco tiempo después le fué imposible conservar sus filas, cada cual marchó como pudo y como quiso, siguiendo de lejos á la columna de caballería y de artillería que ocupaban la calzada. Al caer la tarde se aumentó el sufrimiento con la duración de la lluvia y la llegada de la noche. Los corazones se oprimieron como si hubieran visto en estos rigores del cielo un signo precursor de un desastre: se hubieran consolado si al final de esta penosa marcha hubieran esperado alcanzar á los ingleses y terminar en un terreno á propósito para el combate las largas enemistades de estas dos naciones, pero no se sabía si pensaban internarse en la selva de Soignes para reunirse con los prusianos detrás de la espesa cortina que formaba esta selva.

Entre los heridos enemigos recogieron los franceses á un oficial perteneciente á la familia de lord Elphinston, y le condujeron á la presencia de Napoleón, quien le trató con mucha consideración y le interrogó con

habilidad esperando arrancarle el secreto del duque de Wellington que estaba en posición de conocer.

Este oficial, respondiendo á Napoleón con tanta nobleza como respeto, le declaró que hallándose en poder de los franceses, no haría traición á su patria para conseguir por este medio mejores tratos. Napoleón, acatando este sentimiento, encargó á Mr. de Flahault que le prodigase cuantas atenciones se hubieran prodigado á un oficial francés objeto de la mayor consideración; pero no supo nada ó casi nada acerca de los proyectos del ejército británico. Siguiendo la calzada de Bruselas á través de una llanura muy ondulada, llegaron al anochecer á una eminencia desde la que se descubría toda la comarca circunvecina. Se hallaban al pie de la célebre posición de Mont-Saint-Jean y al lado opuesto se apercibía el sombrío follaje de la selva de Soignes. Los ingleses, que habían emprendido su marcha desde muy temprano, habían tenido tiempo de colocarse detrás de esta posición, donde la elevación del terreno les preservaba de una parte de los sufrimientos que atormentaban á los franceses, y donde su servicio de víveres pagado á mucho precio les había preparado abundantes recursos. Establecidos en la pendiente opuesta de la colina de Mont-Saint-Jean, apenas podían distinguirlos sus enemigos. Por otra parte, habiendo sucedido á la lluvia una espesa niebla, se había anticipado la obscuridad de la noche lo menos dos horas. La duda de Napoleón era penosa, porque si los ingleses se habían internado en la selva de Soignes para atravesarla durante la noche, debía presumir que caminaban á encontrarse con los prusianos por detrás de Bruselas, y el plan de combatirlos separados, que hasta entonces había salido tan bien, acabaría por malograrse. Con efecto, era difícil dirigirse más allá de Bruselas para pelear contra doscientos mil enemigos valientes y apasionados, con cien mil soldados heroicos, pero reducidos á la proporción de uno para dos, sobre todo pensando que á la distancia de ciento cincuenta leguas á la derecha de los franceses avanzaba la gran columna de los austriacos y de los rusos. Devorado por la inquietud, hija de esta situación, para disiparla ordenó Napoleón á los coraceros de Milhaud que se desplegaran haciendo fuego con toda su artillería. Ejecutándose inmediatamente esta maniobra, los ingleses presentaron cincuenta cañones y llenaron de balas el espacio que los separaba de sus enemigos. Napoleón bajó entonces de caballo, y seguido únicamente de dos ó tres oficiales estudió por sí mismo la situación que parecía haber escogido el ejército británico. A cada instante oía el ruido que producían las balas al hundirse sordamente en un lodo espeso que salpicaba en todas direcciones. Este espectáculo calmó parte de sus inquietudes, porque dedujo de estos disparos de cañón tan pronto y tan continuos, que no tenía delante una simple retaguardia detenida en un rodeo del camino para contener la persecución del enemigo, sino un ejército completo en posición y con todos los elementos para el combate. En vista de esto, casi puede decirse que no dudaba de la batalla, y no quedaba ya en su corazón cargado de inquietudes más que las que naturalmente le producía la batalla en sí. ¡Bastantes eran, aun para el más fuerte de los hombres! Por lo demás, tenía tal convicción de su destreza y de la energía de sus soldados, que sólo pedía á la Provi-

dencia una batalla, encargándose como otras veces de conseguir con ella una victoria.

Obtenida esta prueba de la presencia de los ingleses, ordenó al general Milhaud que replegase sus coraceros, á fin de concederles el descanso que necesitaban para la formidable jornada del día siguiente. Por su parte, habiendo dejado atrás su estado mayor, recorrió la falda de la altura que ocupaban los ingleses. Acompañado del gran mariscal Bertrand y de su primer paje Gudín anduvo mucho tiempo procurando estudiar la posición, que debía ser regada con tanta sangre. A cada paso se hundía profundamente en el lodo, y para avanzar se apoyaba tan pronto en el brazo del gran mariscal como en el del joven Gudín, y después dirigía hacia el enemigo su catalejo. No cuidándose apenas de las balas que caían en torno suyo, abandonó, sin embargo, un momento sus preocupaciones al ver á su lado al joven de diez y siete años que desempeñaba el oficio de paje, y cuyo padre, muerto en Valoutin, le había inspirado siempre un vivo afecto. «Amigo mío, le dijo, nunca has asistido á una función como ésta. Tu aprendizaje es rudo, pero tu educación no tardará en quedar terminada.» El joven, digno hijo de su padre, como el gran mariscal Bertrand, se ocupaba exclusivamente del amo á quien servía, y nadie delante de Napoleón se hubiera atrevido á expresar un temor, ni aun siquiera por él: así, pues, el reconocimiento de que hablamos, ejecutado con los pies sobre un fango profundo y la cabeza bajo las balas, duró hasta cosa de las diez de la noche. Napoleón, que no hacía nada inútil, le prolongó para ver por sus propios ojos á los ingleses establecer sus campamentos. El horizonte no tardó en iluminarse con millares de fogatas alimentadas con los árboles de la selva de Soignes. Los ingleses tan calados de agua como los franceses emplearon la noche en secar sus uniformes y en cocer sus alimentos. *El horizonte, como Napoleón ha escrito grandiosamente, se asemejó á un vasto incendio, y estas llamas, que en aquellos momentos no le presagiaban más que la victoria, le llenaron de una satisfacción por desgracia muy engañadora!*

Montando de nuevo á caballo volvió Napoleón á la heredad llamada del *Caillou*, en donde había establecido su cuartel general, y anunció para el día siguiente una batalla que debía, según dijo, salvar ó perder á la Francia, ordenando á sus generales que se preparasen para ella. Entre todas las órdenes la más apremiante era la que Napoleón debía dirigir á Grouchy, porque era preciso no dejarle andar á la ventura en semejantes circunstancias, y como el mariscal se encontraba á cuatro ó cinco leguas de distancia, le importaba expedirle sus instrucciones inmediatamente para que pudiese recibirlas á tiempo. A cosa de las diez le dirigió Napoleón las instrucciones propias de la situación considerada desde todos sus puntos de vista.

Grouchy fué encargado de seguir á los prusianos para completar su derrota, de vigilar sus actos y de permanecer siempre, cualquiera que fuese el partido que tomasen, entre ellos y los ingleses como una muralla imposible de salvar. ¿Cuáles eran las eventualidades que podían preverse en semejante situación? Los prusianos habían podido, como se presumió por un instante en vista de los cañones y de los prófugos cogidos en el camino de Namur, llegar á Lieja para reunirse en el Rhin con los

otros ejércitos aliados, ó bien encaminarse por Gembloux y Wavre á la vía que atraviesa el extremo oriental de la selva de Soignes, reuniéndose de este modo con los ingleses más allá de Bruselas. Habían podido por último detenerse en Wavre á lo largo del Dyle con intención de confundirse con los ingleses delante de la selva. Ninguna de estas suposiciones era alarmante, ni siquiera la última, con tal que el mariscal Grouchy no perdiese la cabeza, cosa que hasta entonces no le había sucedido. Las instrucciones aplicables á estos diversos casos eran una consecuencia natural de los mismos, y Napoleón, que no se inspiraba más que en la naturaleza de las cosas, las trazó con extremada precisión. «Si los prusianos, dijo en el despacho destinado al mariscal Grouchy, si los prusianos han tomado el camino del Rhin, no debéis ocuparos de ellos para nada, y os bastará con hacer que los sigan mil jinetes con el fin de aseguraros de que no vuelven pies atrás. Si por el camino de Wavre se han dirigido á Bruselas, obraréis del mismo modo, y en este segundo caso como en el primero replegaréis todas vuestras tropas hacia nosotros, para contribuir á la ruina del ejército inglés. Si, por fin, los prusianos se han detenido delante de la selva de Soignes, en Wavre ó en cualquier otro punto, colocaos entre ellos y nosotros, ocupadlos, contenedlos y destacad una división de siete mil hombres para que ataquen por la retaguardia al ala izquierda de los ingleses.» Estas instrucciones no podían ser diferentes, aunque el genio militar de Napoleón no hubiera sido tan grande ni tan perspicaz como era. Dejar en seguimiento de los prusianos algunas fuerzas, bien fuera que tomasen el camino del Rhin ó el de Bruselas, y en ambos casos correr á reunirse á Napoleón con la totalidad del ala derecha; ó bien, si se habían detenido en Wavre, ocupar su atención, tenerlos alejados del terrible duelo que iba á sostener el ejército francés con el británico, y por último en este caso destacar siete mil hombres para atacar por la espalda al ala izquierda inglesa, eran las instrucciones que exigían los datos que hasta entonces se poseían acerca de la situación. Que pudiesen llegar y ser ejecutadas á tiempo no era más dudoso que lo restante. Eran cerca de las diez de la noche: admitiendo que el oficial que las llevaba no partiese hasta las once, debía llegar lo más tarde á las dos de la mañana á Gembloux, en donde debía presumirse que estaría el mariscal Grouchy. En efecto, desde la heredad del *Caillou* á Gembloux, siguiendo siempre la calzada de Namur y abandonándola en Sombreffe para tomar la de Wavre, no había más que de siete á ocho leguas métricas de distancia, mientras que en línea recta apenas había cinco. Un hombre á caballo podía ciertamente recorrer este espacio en menos de tres horas. Recibiendo el mariscal Grouchy sus instrucciones á las dos de la mañana, podía partir á las cuatro de Gembloux y debía hallarse bastante cerca de Napoleón cuando empezase la batalla, porque aunque descuidase á los prusianos dejándolos avanzar hacia el Rhin ó hacia Bruselas, ó aun cuando los siguiese á Wavre y enviase un destacamento al Mont Saint Jean, sólo tenía que recorrer con su cuerpo de ejército un espacio de cinco á seis leguas (1).

(1) La existencia de esta orden ha sido puesta en duda. El mariscal Grouchy ha dicho que no la recibió, y nosotros lo creemos, primero porque él afirma y después porque su aserción es

Expedidas estas órdenes, Napoleón descansó algunos instantes en medio de la noche, según acostumbraba á hacer cuando se hallaba ocupado en la dirección de grandes operaciones. Durmió profundamente la víspera del día más terrible de su vida, uno de los más funestos que ha contado la Francia!

Las disposiciones que manifestaban los generales enemigos, eran sobre poco más ó menos tales cuales Napoleón las deseaba, sin comprender las consecuencias que podía acarrearle su deseo al pedir á la Provi-

muy verosímil, toda vez que los oficiales portadores de dicha orden viajando por la noche en medio de patrullas enemigas podían ser apresados, ó también, como en esta campaña hubo algunos ejemplos, haber ido á llevar á los generales prusianos ó ingleses los despachos destinados á los generales franceses. Pero si damos crédito al mariscal Grouchy, mucho más sospechoso que Napoleón en este debate, porque tenía que justificar una gran torpeza, no sabemos por qué razón no se ha de creer asimismo á Napoleón, quien en las dos versiones procedentes de Santa Elena ha afirmado del modo más formal y con detalles infinitamente precisos la existencia de la orden en cuestión. Así pues, no admitimos como principio que una aserción procedente de Santa Elena sea por fuerza una verdad, pero tampoco admitimos que sea por fuerza una mentira. Por lo tanto creemos la aserción del mariscal Grouchy, porque si le hemos visto en una polémica alterar con frecuencia los hechos por la necesidad que ha tenido de justificarse, le juzgamos incapaz de mentir positivamente y de negar el hecho material de una orden recibida. Además nos afirma en nuestro modo de pensar la verosimilitud. Si el mariscal Grouchy hubiera recibido la orden de que se trata, la hubiera seguramente ejecutado, puesto que de lo contrario hubiera obrado como un traidor ó como un loco, y no era ni lo uno ni lo otro. Pero si aplicamos estas reglas de moralidad y de verosimilitud al testimonio del mariscal Grouchy; si, á pesar de las muchas circunstancias alteradas en sus relatos, por falta de memoria ó un deseo vivísimo de procurarse excusas, no creemos que haya podido mentir; si por último y fundándonos en la verosimilitud hemos dicho que, de recibirla, hubiera ejecutado la orden de que se trata, no hallamos un motivo para dejar de aplicar las mismas reglas á Napoleón. Afirmar tan positivamente en Santa Elena, afirmar con tanta precisión y copia de detalles el envío de una orden sin enviarla, es una mentira tal que por nuestra parte nos negamos á creerla posible, y en este caso acude en nuestro apoyo, como el anterior, la verosimilitud. Pensar que Napoleón, la vigilancia en persona, en víspera de la batalla más decisiva de su vida, no diera órdenes á su derecha, llamada á desempeñar un papel tan importante, es pura y simplemente creer lo imposible. El príncipe más perezoso, el más estúpido del Oriente no hubiera cometido semejante descuido: ¿cómo, pues, atribuirlo al más vigilante, al más activo de los capitanes? Existe además otra prueba moral, más concluyente aún si cabe. Si Napoleón hubiera inventado esta orden para justificarse en Santa Elena de un descuido absolutamente incomprensible, la hubiera inventado de otro modo. En vez de fundarla en la ignorancia que tenía del estado de los movimientos de los prusianos el 17 por la noche, en vez de decir que no había pedido á Grouchy más que un socorro de siete mil hombres, hubiera calca-do su orden sobre los sucesos acaecidos después, y se hubiera vanagloriado de haber prescrito á Grouchy que pasase el Dyle con todo su cuerpo para acudir á colocarse entre los prusianos y los ingleses. La modesta aserción de Napoleón, consistente en atribuirse una orden fundada sobre dudas, y que hubiera habido derecho para acusarla de insuficiencia si hubiera podido saber todo lo que pasaba, prueba de una manera irrefragable en nuestro concepto, que no mintió en Santa Elena. Así, pues, no admitimos la versión de que en la noche del 17 dejase de enviar órdenes á Grouchy, y suponiendo que se las envió, las que menciona, fundadas en los escasos datos que tenía, nos parecen las verdaderas, y pensamos que en caso de mentir, lo hubiera hecho con más ventaja suya. Creemos por consiguiente á Napoleón y á Grouchy, á pesar de ser contrarias sus aserciones, por la fácil explicación de una orden dada y una orden interceptada. La sana crítica no consiste sin duda en suponer que los actores dicen siempre la verdad, pero tampoco en suponer que mienten siempre. (N. del A.)

dencia que le proporcionase una batalla. Lord Wellington después del combate de los Quatre-Bras se había detenido en Genappe, donde había establecido su cuartel general. No habiendo sabido nada del mariscal Blücher, bien porque éste se hallase descontento de no haber sido socorrido con más actividad, ó bien porque su dolorosa caída del caballo le hubiera impedido atender á sus deberes, el general británico supuso que los prusianos habían sido vencidos, sobre todo al ver en todas partes los centinelas franceses, lo mismo en Quatre-Bras que en la calzada de Namur, porque con efecto los franceses hubieran debido retirarse si no hubieran ganado una victoria que les permitiese ocupar una posición tan avanzada como la que ocupaban. El duque de Wellington tomó, pues, el partido de replegarse hacia el Mont-Saint-Jean en el lindero de la selva de Soignes, muy resuelto á batirse en aquella posición que había estudiado concienzudamente, previendo una batalla defensiva bajo las murallas de Bruselas para la conservación del reino de los Países-Bajos. De todos modos, por buena que le pareciese su posición, no quería dar esta batalla defensiva á no ser sostenido por los prusianos, con cuyo fin envió un oficial al mariscal Blücher para saber si podía contar con su socorro.

Mientras que esto pasaba en el campamento de los ingleses, el anciano é inflexible Blücher, aunque maltratado en Ligny, no se daba por vencido y proyectaba renovar la lucha el día siguiente ó el otro, es decir, cuando encontrase una ocasión favorable á sus desígnios. Lejos de pensar ausentarse del teatro de las hostilidades para atravesar de nuevo el Rhin, quería continuar en él y no ir más allá de la selva de Soignes para librar con los ingleses ó sin ellos una segunda batalla, no detrás, sino delante de Bruselas. Por consiguiente se replegó en dos columnas hacia Wavre atrayéndose el cuerpo de Bulow (4.º cuerpo prusiano), el cual había estado en marcha durante la batalla de Ligny. Ziethen y Pirch I, que habían combatido entre Ligny y Saint-Amand, los más adelantados en la calzada de Namur á los Quatre-Bras, se habían retirado por Tilly y Mont-Saint-Guibert, siguiendo la orilla derecha del Dyle durante la noche del 16 al 17. Thielmann, que no había pasado de Sombrefe, retrogradó por el camino de Gembloux y se reunió con Bulow, que llegaba de Lieja. Todos acamparon en torno de Wavre al anochecer del 17, los unos antes que los otros y en las dos riberas del Dyle. Blücher empleó el resto del día en proporcionarles un poco de descanso, en abastecerlos de víveres, en reemplazar las municiones consumidas y en atraerse una multitud de prófugos que su caballería procuraba recoger y que la francesa mejor dirigida hubiera podido apresar á millares. Noticioso de las intenciones del duque de Wellington, le respondió que se hallaría el 18 en Mont-Saint-Jean, esperando que si los franceses no atacaban el 18, los atacarían ellos el 19; ¡noble y patriótica energía en un anciano de setenta y tres años!

Los dos generales enemigos se hallaban, pues, decididos á dar la batalla delante de la selva de Soignes, después de reunirse por medio de un movimiento de flanco, que Blücher debía ejecutar á lo largo de la selva, siempre que los franceses se lo consintieran.

La misión y la facultad de oponerse á este movimiento correspondía naturalmente al mariscal Grouchy. Con

efecto, basta mirar el mapa de la comarca para ver lo fácil de desempeñar que era su papel, por más que tuviese que maniobrar delante de ochenta y ocho mil prusianos con cerca de treinta y cuatro mil franceses. Habiéndose apoderado bruscamente Napoleón de la gran calzada de Namur á los Quatre-Bras, punto por el cual hubieran podido reunirse los prusianos y los ingleses, los unos y los otros se habían visto precisados á retroceder, los primeros por el camino de Wavre y los segundos por el de Mont-Saint-Jean. Estos dos caminos atraviesan la vasta selva de Soignes que rodea á Bruselas, según hemos dicho, de Sudoeste á Nordeste, y se reúnen en la misma capital. Napoleón persiguiendo al duque de Wellington hacia Mont-Sain-Jean, Grouchy debiendo perseguir á Blücher hacia Wavre, avanzaban á cuatro leguas de distancia el uno del otro. Lo mismo tenía que andar Grouchy para reunirse á Napoleón, que Blücher para juntarse con Wellington. Además, caminando tan cerca de Napoleón, con orden de comunicarse continuamente con él, no perdiendo la pista á los prusianos, debía Grouchy obtener uno de los dos resultados siguientes: ó interponerse entre ellos y Napoleón retardando su llegada lo bastante para poder batir á los ingleses, ó de no estorbarles el paso, cogerlos de flanco mientras que procurasen reunirse con el ejército británico; pero no encontrarlos, no verlos tan siquiera en un espacio tan reducido, era un milagro, un milagro de desgracia, que apenas podía suponerse. Para llenar su misión claramente indicada, la de interponerse entre los prusianos y los ingleses, Grouchy se veía favorecido por una circunstancia local de las más dichosas. El Dyle, río de escasa importancia sin duda, pero cuyos bordes eran de fácil defensa, deslizándose desde Genappe hacia Wavre, separaba á Napoleón de Grouchy como á Wellington de Blücher. Obedeciendo á la letra las instrucciones que le prescribían hallarse siempre en comunicación por su izquierda con el cuartel general, Grouchy podía dirigirse hacia el Dyle, atravesarle y disputar su paso á los prusianos para impedir su llegada á Mont-Saint-Jean, ó si le habían atravesado antes que él, sorprenderlos en su marcha de flanco y detenerlos antes de que pudiesen reunirse con el duque de Wellington. El ascendiente de la victoria conseguida en Ligny, la sorpresa de flanco, bastaban para compensar la desigualdad de las fuerzas, y dar á Grouchy, si no los medios de vencer, al menos el de ocupar la atención de los prusianos, logrando que llegasen demasiado tarde á la cita común en Waterloo.

Es verdad que para no perder tiempo, para seguir bien los movimientos de los prusianos, hubiera sido necesario conocer ó adivinar al menos su dirección, á fin de no correr tras de ellos demasiado tarde; pero las suposiciones que en semejantes circunstancias podían hacerse eran tan poco numerosas, tan fáciles de comprobar con los trece regimientos de caballería de que disponía Grouchy, y los espacios que había que andar tan poco considerables, que era muy fácil ganar el tiempo perdido en pesquisas inútiles. Si los prusianos vencidos en Ligny se retiraban por Lieja al Rhin, no tenía más que hacer que enviar detrás de ellos un destacamento de caballería sin otros nuevos cuidados: si avanzaban hacia Wavre para combatir delante ó detrás de la selva de Soignes, podían tomar dos caminos, el de

Tilly y Mont-Saint-Guibert, el de Sombrefe y Gembloux, los cuales se juntaban en Wavre. Tres reconocimientos de caballería, uno en dirección de Namur y dos en la de Wavre, debían en pocas horas averiguar lo que había de cierto; y Grouchy, á quien Napoleón había abandonado á las once de la mañana, hubiera debido á las tres ó las cuatro de la tarde conocer la verdad, y de cuatro á nueve haberse acercado á Wavre, si decidía trasladarse á este punto, ó encontrarse en la izquierda del Dyle, si, lo que era mejor, atravesaba este río para ponerse en comunicación más próxima con Napoleón.



El mariscal Grouchy

Nada de esto hizo durante el día el mariscal Grouchy. Con el golpe de vista y el vigor necesarios, carecía de discernimiento en la dirección general de las operaciones, y sobre todo de la sagacidad propia de un oficial de vanguardia encargado de observar á un ejército. Así, pues, no mandó practicar ningún reconocimiento por su izquierda desde Tilly á Mont-Saint-Guibert, que era el camino que habían tomado Ziethen y Pirch I; ni tampoco por su derecha hacia Gembloux, y al separarse de Napoleón en Sombrefe corrió como un alocado á Namur, en donde le habían dicho que Pajol había recogido prófugos y cañones.

Mientras que galopaba inoportunamente en esta dirección, supo que su caballería había descubierto á los prusianos en gran número en Gembloux caminando al parecer hacia Wavre. Al mismo tiempo el despacho que Napoleón le dirigió desde Marbais por conducto del gran mariscal, le comunicó iguales informes, y en vista de esto corrió hacia Gembloux ordenando á su infantería que le siguiese. Esta infantería, formada por los cuerpos de Vandamme y de Gerard, no se puso en movi-

miento hasta las tres ó las cuatro de la tarde. No cabe duda en que ganó con este retraso algunas horas de descanso, pero más hubiera valido encaminarla desde el mediodía hacia Gembloux en donde hubiera estado bien situada para acudir á todas las eventualidades, porque en Gembloux se hubiera hallado á la vez sobre el camino de Lieja por la antigua calzada romana. De este modo, hubiera tenido la suerte de llegar á Gembloux antes de que estallase la tempestad que desde las dos se extendió por todas las comarcas de la Bélgica, pudiendo además, después de un nuevo reposo de dos ó tres horas dirigirse á Wavre, si los últimos indicios señalaban esta dirección como definitivamente preferible.

Los informes de los aldeanos recogidos en Gembloux, indicaron que Wavre era el verdadero punto de retirada del ejército prusiano, y en sus aseveraciones había tal coherencia que hubieran decidido á cualquier hombre menos indeciso, menos flotante, si se nos permite la palabra, que el mariscal Grouchy. Pero como Bulow llegaba por el camino de Lieja, como este dato le ofrecía algo tangible, algo material, las incertidumbres de Grouchy se aumentaron, y no supo qué partido tomar ni por cuál conjetura decidirse. Lo mismo en la guerra que en la política trastornan el ánimo los indicios por múltiples que sean, cuando una inteligencia, una razón tan sagaz como firme, no sabe reunirlos y conciliarlos. Lo que principalmente debía suponerse era que los prusianos querían incorporarse á los ingleses para combatir á su lado delante ó detrás de la selva de Soignes; lo que menos debía pensarse era que se volvieran hacia el Rhin; por último, lo que no debía creerse posible era que se dividiesen y tomaran entrambas direcciones. Sin embargo, esta suposición fué la que mereció fijar la atención del mariscal Grouchy, movido por las dobles huellas del enemigo observadas en el camino de Wavre y en el de Lieja; dobles huellas cuya explicación no era nada difícil, puesto que teniendo los prusianos su vanguardia cerca de Wavre y su retaguardia en Lieja, de donde habían partido, no era extraño que dejaran en estos puntos huellas de su presencia. Otra razón más poderosa aún hubiera debido ganar al mariscal en su elección. Si se equivocaba al dirigirse á Wavre, todo lo malo que podía suceder era dejar á los prusianos volver al Rhin sin perseguirlos, pero de este modo proporcionaba á Napoleón un refuerzo poderoso para ayudarle á destruir á los ingleses. Si por el contrario se equivocaba al encaminarse á Lieja, corría el mortal peligro de dejar á los prusianos llegar tranquilamente á Wavre, y colocarse cerca de los ingleses, pudiendo con sus fuerzas reunidas derrotar á Napoleón. En un hombre previsor este pensamiento no hubiera suscitado la menor duda respecto á la conducta que en semejantes circunstancias debía observarse. Por desgracia no sucedió así, y el mariscal Grouchy pareció olvidar por completo que su misión esencial era la de seguir á los prusianos, impidiéndoles que atacasen á los franceses mientras que combatían con el ejército británico: misión que se desprendía de las instrucciones verbales de Napoleón y de la evidente naturaleza de las cosas.

Al anochecer fueron ya los indicios más numerosos y coherentes, presentándose la dirección de Wavre definitivamente como la que los prusianos habían debido seguir. A consecuencia de esto, el mariscal Grouchy se

limitó, para tomar una última precaución contra una eventualidad cualquiera cuyo temor no le había abandonado todavía, se limitó, decimos, á dejar un destacamento de caballería avanzar hacia Lieja, pero procuró dirigir la mayor parte de sus jinetes por el camino de Wavre, situándolos delante de Sauveniere; y permitió á toda su infantería que descansase en Gembloux, adonde había llegado tarde á causa del mal tiempo, con el fin de proporcionarle un buen término de jornada y ponerla en marcha al día siguiente muy de madrugada. Era sensible sin duda alguna que teniendo que perseguir vivamente á los prusianos, no hubiese andado en todo el día más que dos leguas y media, pero podía reparar este perjuicio emprendiendo su marcha el 18 á las cuatro de la mañana, porque sólo tenía cuatro leguas para llegar á Wavre, y seis para encontrarse al lado de Napoleón, leguas métricas que cualquier hombre á pie puede recorrer en tres cuartos de hora. No era, pues, imposible verificar á tiempo y con oportunidad cuanto había dejado de hacerse en la jornada del 17. A las diez de la noche, en el mismo momento en que Napoleón acababa de escribir al mariscal Grouchy llamándole á su lado, el mariscal escribió á Napoleón para informarle del partido que había tomado, el cual, según decía, le permitía elegir aún entre el camino de Wavre y el de Lieja; y para anunciarle su resolución de marchar al día siguiente por la mañana hacia Wavre con todas sus tropas, si esta dirección le parecía definitivamente la verdadera *para separar*, añadía, *los prusianos del duque de Wellington*.—Estas últimas expresiones aseguran que el mariscal comprendía al parecer el fondo de su misión y prueban también que Napoleón, al comunicarle por la mañana sus instrucciones verbales, se había explicado con la mayor claridad.

De esta manera terminó cada cual la jornada del 17 en aquel teatro de la guerra, cuyo espacio abarcaba todo lo más de cinco á seis leguas en sus diversas direcciones, y en el cual trescientos mil hombres se buscaban para poner fin, matándose, á veintidós años de encarnizadas luchas.

Mientras que todo se hallaba en silencio en el campamento de los cuatro ejércitos, Napoleón, después de un breve descanso, se levantó á las dos de la madrugada, temeroso siempre de que los ingleses se alejasen de su vista para reunirse con los prusianos por detrás de Bruselas. Los generales europeos sabían cuán peligrosas eran las grandes batallas sostenidas contra él, y este peligro era tan evidente para los ingleses, que tenían detrás una inmensa selva á través de la cual la retirada sería difícilísima, mientras que su reunión con los prusianos detrás de la selva de Soignes era tan segura y tan fácil que Napoleón mismo no comprendía cómo los ingleses podían determinarse á abandonar por el primero el segundo partido; pero era porque juzgaba la situación sin tener en cuenta las dos violentas pasiones de sus enemigos, el odio en el general prusiano, la ambición en el británico. Con efecto, el primero estaba dispuesto á comprar con su vida la ruina de la Francia, y el segundo aspiraba á poner fin á la disputa de la Europa contra la Francia para adquirir el principal honor de este suceso. Con todo, Napoleón temía siempre que no se realizase su deseo, y á pesar de la lluvia que caía de nuevo, continuó con dos ó tres oficiales

el reconocimiento que tanto había prolongado algunas horas antes. El suelo estaba todavía mojado y el lodo más espeso y profundo que por la noche. Esta sensible circunstancia, que podía ofrecer dificultades en el ataque contra un ejército que ocupaba una buena posición, no fué bastante para disminuir la inmensa alegría que experimentó al divisar las fogatas del campamento británico. Estas fogatas que se extendían desde un extremo del campo de batalla hasta el otro, atestiguaban la perseverante presencia del ejército inglés. Por un momento trastornó á Napoleón el ruido de un coche que oyó hacia su izquierda en dirección de Mont-Saint-Jean, pero no tardó en cesar este ruido, y los espías que llegaron del campamento enemigo no dejaron la menor duda acerca de las intenciones del duque de Wellington, que eran las de dar la batalla. Napoleón se manifestó sorprendido y contento á la vez, y desde las primeras horas de la madrugada se convenció de que los espías no le habían engañado, porque si hubiera querido batirse en retirada el general inglés no hubiera esperado al amanecer para internarse, teniendo cerca á su terrible adversario, en el largo y peligroso desfiladero de la selva de Soignes.

Hallándose ocupado en este reconocimiento, recibió Napoleón el despacho que le envió Grouchy desde Gembloux, anunciándole la posición que había tomado entre los dos caminos de Wavre y de Lieja, disponiéndose á preferir el de Wavre para conservar á los prusianos separados de los ingleses. Por más que le pareciese algo reprehensible la conducta del mariscal y bastante mal empleado un día de persecución, en que sólo habían andado las tropas dos leguas y media, Napoleón se consoló al saber que Grouchy tenía fijas sus miradas en Wavre, y que parecía comprender la parte esencial de su papel, que consistía en separar á los prusianos de los ingleses, tranquilizándose además con la esperanza de que Grouchy, poniéndose en movimiento á las cuatro ó las cinco de la mañana, podía reunirse con él á cosa de las diez y ejecutar las instrucciones que le había enviado por la noche, ordenándole que siguiese hasta Wavre á los prusianos y que destacase una división de siete mil hombres para que acudiesen á aumentar las fuerzas de Napoleón. Como el estado del terreno, sobre el que había caído la lluvia por espacio de doce horas consecutivas, no permitiría la batalla antes de las diez de la mañana, bastaba con que á esta hora ó aunque fuese más tarde se presentase Grouchy con todas sus fuerzas ó con algunas, atacando á los ingleses por la izquierda, para obtener los mayores resultados. Con el fin de asegurarse más, hizo Napoleón que le dirigiesen sin pérdida de tiempo, es decir, á las tres de la madrugada, un duplicado de la orden que la noche anterior le había comunicado á las diez. Berthier acostumbraba á enviar muchas copias de la misma orden por medio de distintos oficiales, con el fin de que entre tres ó cuatro llegase una por lo menos á su destino: el mariscal Soult, novicio en el desempeño de su cargo, no tomó esta precaución. Pero dos expediciones, una verificada á las diez de la noche y la otra á las tres de la madrugada, podían parecer suficientes en un camino practicable, puesto que el oficial portador de un informe fechado á las diez de la noche, llegó al cuartel general á las dos de la madrugada.

Tranquilizado sin estar satisfecho, Napoleón no pedía otra cosa sino que el tiempo se despejase permitiendo á la artillería llevar á cabo sus maniobras. Pasó el resto de la madrugada reconociendo el campo y acudiendo de cuando en cuando á la heredad del *Caillou* para secarse al calor de una fogata. A las cuatro ya era de día, y el cielo comenzaba á despejarse. Poco después un rayo de sol, atravesando una espesa franja de nubes, iluminó todo el horizonte, y la esperanza, la engañosa esperanza renació en el agitado corazón del emperador! Creyó que con el sol se disparían las nubes y que cesando la lluvia podría en algunas horas secarse el terreno lo bastante para ser practicable á la artillería. Drouot, después de consultar á los oficiales del arma, declaró que al cabo de cinco ó seis horas gracias á la estación, no se consolidaría por completo, pero que tomaría bastante consistencia para que se pudieran poner en juego piezas de todos los calibres. Efectivamente, el cielo se despejó y Napoleón tuvo paciencia, sin conocer que no sólo daba tiempo para que reparase los estragos de la lluvia, sino que favorecía la llegada de los prusianos al lado de los ingleses!

A cosa de las ocho, ya no era de temer que lloviese, llamó á sus generales, los sentó en torno de su mesa, en donde les sirvieron un frugal desayuno, y discutió con ellos el plan de la batalla que iban á dar al ejército británico. Desde la cumbre de un otero elevado abarcó perfectamente la forma del terreno lo mismo que la distribución de las fuerzas enemigas, y combinó en su mente el plan de ataque, de tal manera que parecía muy confiado en el éxito de sus combinaciones. El general Reille, acostumbrado á luchar contra los ingleses y conservando de su solidez una impresión que perjudicó en extremo á las operaciones de los Quatre-Bras, tuvo en esta ocasión el mérito de decir á Napoleón verdades de mucha utilidad.

Le manifestó que los ingleses, insignificantes en la ofensiva, eran en la defensiva superiores á casi todos los ejércitos de Europa, y que era necesario emplear para vencerlos, más que ataques directos, maniobras inesperadas y hábiles. «Ya sé, respondió Napoleón, que es muy difícil vencer á los ingleses en posición, y por eso *me propongo maniobrar*.» Con efecto, pensaba reunir las maniobras al vigor de los ataques, y no creía que los ingleses pudiesen resistir al ímpetu de sus fuerzas. «Tenemos, añadió, *de ciento, noventa probabilidades de triunfar*;» y apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando Ney, entrando de pronto, le dijo que tendría razón si los ingleses consentían en esperarle, pero que lo dudaba, porque habían empezado á batirse en retirada. Napoleón no dió crédito á esta noticia, «porque los ingleses, repuso, no hubieran diferido su retirada hasta la llegada del día, en caso de haber resuelto retirarse.» Este argumento no admitía réplica. Sin embargo, Napoleón montó á caballo para ver lo que pasaba, y después de persuadirse de que el ejército inglés continuaba en su posición de la víspera, dictó su plan de ataque, que fué inmediatamente transcrito por sus oficiales para ser comunicado á todos los jefes de los cuerpos.

Ha llegado el momento de describir el campo de batalla, triste teatro de una de las acciones más sangrientas del siglo y la más desastrosa aunque la más heroica